

hoy escribe

Pablo Sorozabal Serrano (*)

zelatan

Independencia ahora y para siempre

Soy de la opinión que todos los vascos abertzales debemos estar profundamente agradecidos a los organizadores y asistentes a la gran española del día 18 de marzo de 1989 en Bilbo. Mi gratitud, al menos, es muy grande, pues estoy convencido de que tan miserable destape antivasco no puede por menos de sacudir muchas conciencias aún aletargadas y hacer que miles y miles de vascos despierten a la realidad y se unan con toda el alma al Movimiento de Liberación Nacional Vasco, cuya grandeza, cuyo empuje cada día más fuerte, más lúcida e insobornablemente al servicio de la libertad, la soberanía y la independencia de Euskal Herria, han constituido uno de los principales motivos que han llevado a los aparatos del Estado español y a sus compinches los vascos traidores a su pueblo, a levantar el tinglado de la farsa el día 18.

No es que estuviéramos necesitados de estímulos, eso no. Desde los que, como es el caso de quien esto escribe, luchamos de forma modestísima y sin importancia por los derechos de nuestro pueblo, hasta quienes lo hacen cotidianamente de forma heroica, grandiosa, callada y paciente a veces, alegre siempre, tenaz, abnegada y sufrida en muchas ocasiones, no necesitamos, repito, estímulos para seguir en la lucha con más pujanza, más fe y más amor a Euskadi del que tenemos. Pero sería injusto dejar de reconocer que montajes tan miserables como el de la manifestación antivasca del 18 de marzo no hacen ni pueden hacer otra cosa que afianzarnos y reafirmarnos aún más, si cabe, en la justicia y en la hermosura de nuestros ideales de libertad, soberanía e independencia para nuestro pueblo y para todos los pueblos, y muy en particular para los pueblos sometidos al Estado español, a los que jamás tendríamos por qué no amar, y de hecho amamos fraternalmente, y a los que, desde nuestra futura soberanía, libertad e independencia, habremos de ayudar, con auténtica solidaridad internacionalista y proletaria, a sacudirlos los yugos (y las flechas) que todavía los sojuzgan como nos sojuzgan a nosotros.

Los violentos no somos nosotros, los que reclamamos nuestros derechos y nuestras li-

bertades. Los violentos son ellos, los que nos los niegan, derechos y libertades, sin otra razón que la de la fuerza bruta, la de las cárceles y las metralletas, la de las leyes arbitrarias y opresoras, la de la represión a cargo de «controlados» e «incontrolados», la de monarquías y oligarquías impuestas «por la gracia de Dios». Esta es su única «razón», la de la violencia, la opresión, el crimen organizado y la muerte. Nuestra única razón, por el contrario, razón de nuestra lucha, es la del derecho y la justicia, la de la libertad y la independencia para nuestro pueblo y para todos los pueblos. Así son ellos y así somos nosotros.

Somos nosotros, los vascos abertzales, quienes amamos la paz, y no ellos, los de la mascarada del 18 de marzo, españoles y vascos vendidos a España. Somos nosotros los que amamos y queremos y luchamos por una paz digna de tal nombre, exactamente igual que son los palestinos, y no los nazis del Estado de Israel, quienes aman, quieren y luchan por la paz en los territorios ocupados.

Como con admirable lucidez y profundidad ha dicho el doctor Josu Arenaza (EGIN 19-3-89): «La paz pasa por el cese de la violencia originaria, que es la que nos oprime desde hace cientos de años». Pero resulta que nuestros opresores, los de dentro y los de fuera de Euskadi, no se contentan con pretender machacar y liquidar las aspiraciones de libertad, soberanía e independencia de la mayoría del pueblo vasco, sino que encima pretenden «culpabilizarnos». Pretenden crear en los corazones de los vascos un sentimiento de culpa por su resistencia contra la opresión. «Amos anda!», les contesto yo, y lo hago, adrede, con una expresión popular madrileña, en homenaje a aquellos miles de madrileños que apoyaron la candidatura de Txema Montero, nuestro admirable Txema, asistiendo al mitin central de la campaña en una de las plazuelas más entrañablemente populares de esta por mi muy querida ciudad pese a que, hoy por hoy, bajo el reinado de la «paz» psoczial-fascista, me sienta en ella extraño y extranjero. Aquellos madrileños vibraron con las palabras de

Edurne Brouard y los demás oradores, y al final del acto gritaron «Gora Euskadi askatuta eta sozialista!». Esto es lo que a los terroristas de Estado les alarma y asusta más, la solidaridad de clase y la solidaridad internacionalista.

Si los hipócritas opresores, si los filiteos sojuzgadores de Euskal Herria vociferan «Paz ahora y para siempre», yo les grito que su «paz» no es más que una hedionda mentira. Que se guarden su falsa paz donde les quepa, por ejemplo en el billeteo, junto a los denarios que reciben por vender a Euskadi. Mi grito es muy otro, mi grito es «Independencia ahora y para siempre!». Independencia, libertad, soberanía, esto es: la verdadera paz, la paz que es el fruto de la justicia, de la igualdad, de la fraternidad y la libertad. Pero no de boquilla, sino en los hechos, en las realidades. Esta es la paz que los vascos queremos. Esta es la paz por la que lucha el Movimiento de Liberación Nacional Vasco.

El bombardeo de Gernika, uno de los más odiosos y abyectos genocidios perpetrados por el imperialismo capitalista en la era preatómica, reviste hoy nuevas formas contra el pueblo vasco, como contra el irlandés, el nicaraguense o el palestino, por no citar sino unos pocos ejemplos. Hoy el pueblo vasco sufre la agresión cotidiana de las cárceles de exterminio, de las leyes terroristas, de los asaltos policíacos con nocturnidad y alevosía, de las brutalidades «incontroladas» y la tortura «controlada», del fomento de la droga y el desempleo provocado por los intereses capitalistas. Hoy no nos atacan escuadrillas de Junkers y Heinkel 21, pero los efectos de su agresión criminal, de su inhumana violencia, son aún peores. Y en su grotesca y estúpida guerra psicológica, nos tachan de «terroristas». A esto podemos contestar con palabras del genial José Bergamín: «No se puede exterminar a los pueblos cuando sus hombres mueren por ellos. Mueren y matan. Porque pelean de verdad por su verdad. Un resistente es todo lo contrario de un terrorista».

(*) Músico. Escritor

F.J. Arzalluz S.J.
Pontifex Carcundiae

Badakizue, lankideok: H.B.ren helburua. Añuñemendiko Albania eraikitzea da; eta gure ideologiarren ardatza, stalinismoa.

Eta oraingo honetan, Martxoaren 18an bezalaxe, PSOErekin eskuz esku joan zaigu josulagun gorena: spalditxo idatzitaz bitzuen F. Fernández Savater psoczialista fama-tuak gure helburua «construir una Albania con boina» besterik ez dela.

Nor ote da gure arteko Enver Hodja izkutu hori? Idigoras? Esnaola? Tasio? Periko Solabarria? Hau lana! Ez bitzate deusik igaritzen. Sekulako ablezia behar luke: Txina eta ESSBren ondoren, denak stalinismoaz lotsatzen diren unean, gure buruzagi izkutu horrek: «eutsi Stalini» proposatzeko...

Gezur horien helburua ez da HB. Eta egia argitea ere ez: «Grandiako» buruzagiari berdin zaio egia.

Aita Arzalluzen helburua hauxe da: PNVko karkak izutzea.

Burudikeen likidazionismoa ezin nabarmenago dagoelarik, bigarren erdibiketa gerta daitekeela somatu du azkotiarrak; eta EA zertan gelditu den ikusita, jendeak HB aldera joko lukeela oraingoa.

Eta horretxetara datoz anakroniko horiek: «Kontuz, mutilak! —bota die karkaburuak—. Horien idolo izkutu Joseph Vissarionovich Djughshvili «Stalin» bera da. Utikan!».

Bide beretik joanda, Arzalluz Vaticano-ren infiltratua dela esan genezake... Zertarako?

Truñera bilduko: Ongi etorri hiri-burura! Eutsi goiari! Gora Euskadi Askatuta!

TXILLARDEGI

hemeroteca

Entre la esperanza y la amenaza

(El País, 24 y 25-3-89)

Los últimos sondeos electorales reflejan una presencia notable —minoritaria pero notable— de quienes hasta ahora han arropado con su voto el discurso de la violencia y llegan a situar a una fuerza —Herri Batasuna (HB)— como partido mayoritario en Guipúzcoa, donde ya lo fueron, por escaso margen de votos sobre el PSOE, en 1986. Esta fuerza electoral, este apoyo social, se ha convertido, por la administración que de él hace HB, en una ficha más de negociación en la mesa de Argel. Detrás de las pistolas, los votos, o detrás de los votos, las pistolas, según sea en el municipio, el sindicato, las juntas generales de las diputaciones o la mesa de Argel. El pueblo vasco ha cruzado ya todas las calles de Euskadi para decir basta y pedir que esos votos, que esa fuerza social necesaria, los problemas políticos, económicos y sociales de una Europa frente a la que disminuye cada día el principio de soberanía de los Estados.

Pero la fiesta del Aberri Eguna es, antes que nada, la fiesta del nacionalismo vasco. Desde estas páginas —y haciendo autocrítica respecto de posiciones mantenidas en los comienzos de la transición— hemos defendido insistentemente en

los últimos años el papel central que el nacionalismo vasco democrático debe desempeñar en el proceso de pacificación de Euskadi. Y ese nacionalismo se presenta dividido, una vez más, en su fiesta anual. Un hecho ya bastante inquietante que en esta ocasión adquiere mayor gravedad porque podríamos encontrarlos en el umbral de un proceso político inédito, en el que la unión de las fuerzas nacionalistas moderadas sería imprescindible para evitar que, en el juego que se avecina, desempeñe un protagonismo relevante el nacionalismo radical e intolerante crecido al calor de las armas.

¿Semana santa?

(Antonio Gala, «El Independiente», 24-3-89)

Cuando uno acaba de estar en Roma y ha visitado los museos —toda clase de museos— vaticanos, es muy difícil sacarse de la cabeza, al hablar de la Iglesia, la idea del negocio. La sinuosidad de su política y su diplomacia es proverbial: cuando habla de una cosa es porque está mirando a otra, y ésta es —ahora y siempre y por los siglos de los siglos— el dinero. (En España, por ejemplo, si reclama más libertad de enseñanza es que aspira a gozar de más subvenciones para sus colegios; si ataca de boquilla al Gobierno es que aspira a que las atenciones económicas que con ella se tengan sean mayores).

La batalla de flores entre el presidente de la comisión mixta Iglesia-Estado y el presidente de la Conferencia Episcopal es, en realidad, una pelea de frailes: (Como dijo León X —un Médico y, por tanto, un banquero— de la de Lutero y Tetzel en Wittenberg, provocada también además por el dinero de las bulas y la compraventa de las indulgencias). Uno y otro, con más o menos prisa, han perdido sus apoyaturas morales, y se refieren ya a ideales que no existen (y que tendrían que ser perennes y comunes: la justicia social, el reparto más equitativo de la riqueza, y la moralidad de la vida pública y de la privada en cuanto en aquella incidían). La Iglesia no es lo que se nos dice ser, igual que el partido socialista —o el Gobierno— no es lo que debería. Opinar y participar en una guerra de monstruos no tiene mucho sentido: ellos no se rigen por las mismas reglas que nosotros, y, en definitiva, están más cerca cada uno del otro que nosotros de ninguno de ellos. (Puede incluso que pacten a nuestras espaldas). El instintivo distanciamiento que se ha producido en la sociedad tanto del Gobierno cuanto de la jerarquía eclesiástica es una buena prueba: hace tiempo que nos hablan en un idioma que desconocemos, pero con el que intuímos que se nos engaña. Es decir, se nos está obligando a comulgar con ruedas de molino entre nubes que ocultan la verdad.



«Cambio 16»